

Santa Croce que los gobernadores de Ceseno y de Bertinoro habían entregado, por orden del duque, aquellas fortalezas a los capitanes de Su Santidad, descuidó algo su rigidez para con el preso, y, como sabía que de un día a otro le sería devuelta la libertad, comenzó a dejarlo salir sin guardia. Temeroso entonces el duque de que le ocurriera al ir a embarcar en las galeras de Gonzalo Fernández de Córdoba lo que le pasó al poner el pie en las del papa, es decir, que lo hicieran nuevamente prisionero, ocultóse en una casa de la ciudad, y, al cerrar la noche, montando en un caballo de campesino, fué hasta Nettuno, en donde alquiló una barca, con la que fué hasta Monte Dragone y de allí pasó a Nápoles. Fué recibido por Gonzalo Fernández de Córdoba con tales muestras de júbilo; que César se engañó respecto al motivo, y esta vez se creyó en salvo al fin. Esta confianza se redobló más aún, cuando al confiar sus planes a Gonzalo y decirle que pensaba ir a Pisa y de allí pasar a la Romaña, el *Gran Capitán* le permitió enganchar en Nápoles cuantos soldados deseara, prometiéndole dos galeras para embarcarse con ellos. César, a quien estas demostraciones tenían engañado, se detuvo cerca de seis semanas en Nápoles, viendo diariamente al gobernador español y discutiendo con él sus proyectos y sus planes. Pero el entretenerle de este modo el *Gran Capitán*, sólo era con objeto de tener tiempo de avisar al rey de España que su enemigo se hallaba en su poder, de suerte que, en el momento de partir, y cuando ya había hecho embarcar sus tropas en sus dos galeras, César fué al castillo al objeto de despedirse de Gonzalo Fernández de Córdoba. Este lo recibió con su cortesía habitual, le deseó toda clase de prosperidades, y lo abrazó al separarse de él; pero, al salir, César encontróse a uno de los capitanes de Gonzalo, llamado Nuño Campejo, el cual le dijo que en nombre de Fernando *el Católico* lo hacía prisionero. Estas palabras hicieron exhalar un profundo suspiro a César, el cual maldijo su fortuna, que le había impulsado a fiarse de la palabra de un enemigo, él que tan frecuentemente había faltado a la suya.

En seguida fué conducido César al castillo, y la puerta de la prisión se cerró tras él sin que tuviera la esperanza de que alguien fuera en su ayuda, porque el único ser adicto que le quedaba, Michelotto, ha-

bía sido hecho prisionero cerca de Pisa por orden de Julio II.

En tanto que César era conducido a su prisión, un oficial fué a su casa para recoger allí el salvoconducto que Gonzalo le había dado.

Al día siguiente de ser arrestado, César fué conducido a bordo de una galera que inmediatamente se hizo a la vela con rumbo a España: durante toda la travesía sólo tuvo con él un paje para servirle, y en cuanto desembarcó lo condujeron al castillo de Medina del Campo.

Diez años más tarde, Gonzalo Fernández de Córdoba, proscripto a su vez, confesó en Loja, estando ya en su lecho de muerte, que la conciencia le remordía dos acciones por él cometidas: una el haber traicionado a Fernando, y la otra haber faltado a la palabra dada a César.

El duque de Valentinois estuvo dos años encarcelado y esperando siempre que Luis XII lo reclamara, como par del reino de Francia; pero la pérdida de la batalla de Garellano, que le quitaba el reino de Nápoles, había consternado sobremanera al rey de Francia y se hallaba bastante ocupado con sus propios asuntos para cuidarse de los de su primo. El preso comenzaba, pues, a desesperar, cuando un día encontró dentro del pan una lima, un frasquito que contenía un narcótico, y un billete de Michelotto, en el que le decía que después de salir de la cárcel había partido de Italia, siguiéndolo a España, y que se ocultaba con el conde de Benevento en una aldea inmediata; añadía que, a partir del día siguiente, él y el conde lo esperarían todas las noches en el camino que conduce desde el castillo al pueblo con tres excelentes caballos, y que él por su parte debía sacar el mejor partido posible de la lima y del narcótico.

El duque de Valentinois había sido abandonado por el mundo entero, pero un esbirro se acordaba de él.

Pesábale demasiado la prisión en la que hacía dos años que se hallaba encerrado para que César perdiera un solo instante; así, pues, ese mismo día se puso a limar un barrote de su ventana, que daba sobre un patio interior, logrando fácilmente dejarlo en tal estado, que con una sacudida final lo podría desprender. Pero, además de hallarse la ventana a unos setenta pies del suelo próximamente, solamente se podía salir del patio por un postigo reservado

para el gobernador y éste era el único que tenía la llave de la que no separaba un solo momento, pues de día la llevaba pendiente de su cinturón y de noche la colgaba en la cabecera de su cama: en eso estribaba, pues; la principal dificultad.

Sin embargo, como César había sido tratado siempre, no obstante su calidad de preso, con todas las consideraciones debidas a su nombre y a su calidad; diariamente; a la hora de comer, iban a buscarlo a la cámara que le servía de prisión y lo llevaban a las habitaciones del gobernador, el cual le hacía los honores de la mesa como caballero noble y cortés. Debe advertirse también; en honor de la verdad, que don Manuel era viejo capitán que había servido con honor al rey Fernando, lo que hacía que, sin dejar de guardar a César con todo el rigor de las órdenes recibidas, sintiese un profundo respeto por un general tan bravo y escuchase con gran placer el relato de sus batallas. Así, pues, frecuentemente había insistido para que César no sólo fuese a comer con él sino también a almorzar; afortunadamente, el preso, quizás por un presentimiento, había rehusado este favor hasta entonces; y bueno fué su acuerdo, puesto que, gracias a su soledad, pudo recibir los instrumentos de evasión que Michelotto le envió.

El mismo día que estuvieron en su poder, César dió un paso en falso y se lastimó un pie; a la hora de comer intentó bajar, pero en vista de lo que le hacía sufrir el pie lastimado, renunció a ello. El gobernador fué a verle a su cámara, y lo encontró tendido en su cama.

Como al día siguiente César no se encontraba mejor, el gobernador hizo que le sirvieran la comida y fué a verle como la víspera; pero encontrándolo muy triste y aburrido por aquella soledad, ofrecióle ir a compartir su cena con él. César aceptó, muy agradecido.

Esta vez fué el preso quién hizo los honores a su huésped, por lo que desplegó una encantadora cortesía; el gobernador quiso aprovechar este abandono para dirigirle algunas preguntas acerca del modo cómo lo habían hecho prisionero y le preguntó, como castellano viejo para quien el honor era algo todavía, la verdad sobre la falta de buena fe de Gonzalo y de Fernando para con él. César mostróse sumamente dispuesto a complacerle, pero, por señas, le

indicó que los criados estaban de más. Esta precaución pareció tan natural al gobernador, que no vió en ella nada sospechoso y se apresuró a despedir a todos para que le dejaran solo con su convidado. Cuando hubieron cerrado la puerta, César llenó su vaso y el del gobernador y propuso un brindis por el rey, a lo que el gobernador accedió. César empezó inmediatamente su relato; pero, no estaba aún en el primer tercio, cuando, a pesar de lo interesante que era, el sueño se apoderó de su huésped como por encanto, y don Manuel se dejó caer sobre la mesa profundamente dormido.

Transcurrida media hora, como los sirvientes no oían ruido alguno, entraron, encontrándose a los dos convidados: el uno sobre la mesa y el otro debajo de ella; pero como éste no era un acontecimiento bastante extraordinario para que le concedieran gran atención, contentáronse con llevar a don Manuel a su cuarto y poner a César en su cama; después, dejando para el día siguiente el quitar la mesa, cerraron la puerta con el mayor cuidado y dejaron solo al preso.

César permaneció inmóvil por un momento y como sumido en el más profundo sueño; pero, en cuanto se extinguió el rumor de los pasos que se alejaban, levantó despacio la cabeza, abrió los ojos, se escurrió de la cama, dirigióse hacia la puerta, lentamente, es verdad, pero sin resentirse al parecer lo más mínimo de su accidente de la víspera, permaneció algunos momentos con el oído apoyado en la cerradura, y, después, irguiendo la cabeza con indefinible expresión de fiereza, se secó la frente con la mano, y, por primera vez, desde que habían salido los guardias, respiró libremente y a plenos pulmones.

No podía perderse un momento; su primer cuidado fué cerrar la puerta por dentro tan sólidamente como por fuera lo estaba, apagar la luz, abrir la ventana y terminar de cortar el barrote con la lima.

Cuando hubo terminado esta operación, sacóse las vendas que sujetaban su pierna, y con ellas y las cortinas de la ventana y de la cama, a las que añadió las sábanas, el mantel y las servilletas, pudo formar una cuerda de unos sesenta pies de largo, después de hacer nudos de trecho en trecho. Ató fuertemente uno de sus extremos al barrote inmediato al que acababa de cortar, y después, encara-

mándose a la ventana, comenzó a poner en ejecución la parte verdaderamente peligrosa de su empresa, dejándose deslizar por la débil cuerda. Felizmente, César era tan fuerte como diestro, de modo que recorrió todo el largo de la cuerda sin ningún contratiempo; pero, cuando llegó a la extremidad, en vano buscó el suelo: la cuerda había resultado corta y se hallaba colgado.

La situación era sumamente terrible, porque la obscuridad de la noche impedía ver al fugitivo a qué distancia podía estar todavía del suelo, y el cansancio era un impedimento para que ni siquiera intentase subir nuevamente. César rezó una corta oración: sólo él habría podido decir si a Dios o a Satanás; después desprendiéndose de la cuerda, cayó desde una altura de doce o quince pies.

El peligro era demasiado grande para que el fugitivo se inquietara por algunas ligeras contusiones que al caer se había causado; inmediatamente se levantó, y, orientándose por la dirección de su ventana, encaminóse derechamente al postigo de salida; llegado allí, metió la mano en el bolsillo de su jubón; un sudor frío inundó su frente: fuera que le hubiese quedado olvidada en su cámara o que la hubiera perdido en su caída, no tenía la llave.

Pero, revisando en su memoria, desechó por completo la primera idea fijándose en la segunda, que era la más probable; cruzó, pues, de nuevo, el patio y trató de reconocer el sitio donde se le podía haber caído, guiándose por el borde de una cisterna en el que se había apoyado para levantarse; pero como el objeto perdido era tan pequeño y la noche tan obscura; existían muy pocas probabilidades de que fuese hallado; sin embargo, César se dedicó a ello con toda su alma, puesto que aquella llave constituía su último recurso, cuando, de pronto, se abrió una puerta y apareció una ronda nocturna, precedida de dos soldados con antorchas. Al pronto, César creyóse perdido; pero, acordándose de la cisterna que estaba detrás de él, se metió allí, y, dejando solamente la cabeza fuera del agua, siguió con ansiedad los movimientos de los soldados. Estos avanzaron hacia el sitio donde estaba, pasaron a poca distancia de él, cruzaron el patio y desaparecieron por una puerta situada frente al postigo de salida. César, desde su escondite, y a la luz de las antorchas que llevaban los sol-

dados de la ronda, vió brillar en el suelo la tan buscada llave, y, apenas cerrada la puerta por donde salieron los soldados, ya era dueño de su libertad.

Conforme le dijera Michelotto, en el camino encontró dos jinetes que guardaban un caballo sin montura, sobre el que saltó él, estrechando igualmente la mano al conde y al esbirro (pues éstos eran los jinetes que le esperaban), y en seguida los tres se lanzaron hacia la frontera de Navarra, a donde llegaron tres días después, y donde fué admirablemente recibido por el rey Juan d'Albret, hermano de su mujer.

Desde Navarra, César pensaba pasar a Francia, y desde allí, apoyado por Luis XII, emprender una tentativa en Italia; pero, durante su detención en Medina del Campo, Luis XII había pactado la paz con España, de modo que, cuando se enteró que César se había fugado, lejos de apoyarle, como éste tenía algún derecho a esperar, pues era su pariente por la mujer, le quitó el ducado de Valentinois y lo despojó de su pensión. Pero César tenía aún cerca de doscientos mil ducados en poder de unos banqueros en Génova, y les escribió pidiéndoles esta suma, con la que contaba para levantar algunas tropas en España y en Navarra, e intentar nuevamente la conquista de Pisa: quinientos hombres, doscientos mil ducados, su nombre y su espada, era más que suficiente para que no perdiese la esperanza.

Pero los banqueros negaron el depósito y César se encontró a merced de su cuñado.

El príncipe Alarino, vasallo del rey de Navarra, acababa de rebelarse: César se puso al frente del ejército que Juan d'Albret envió contra él, seguido de Michelotto, que tan fiel se le había mostrado en la buena fortuna, como en la adversa. Gracias a la valentía de César y a sus acertadas disposiciones, el príncipe Alarino resultó derrotado en el primer encuentro; pero, a los tres días, y habiendo logrado el príncipe rehacer sus tropas, presentó combate hacia las tres de la tarde: César lo aceptó.

Los dos ejércitos se batieron encarnizadamente durante cerca de cuatro horas; pero, al fin, como la noche iba echándose encima, César quiso decidir la batalla cargando él mismo, al frente de un centenar de hombres de armas, sobre un cuerpo de caballería que formaba el

grueso de la tropa adversaria; mas, con grande asombro suyo, aquella caballería cedió al primer encuentro y emprendió la fuga, dirigiéndose a un bosquecillo donde parecía buscar un refugio; pero, llegados allí, los perseguidos se detuvieron y le hicieron frente; trescientos o cuatrocientos arqueros se lanzaron fuera del bosque y fueron en su ayuda; las tropas de César, al ver que habían caído en una emboscada, huyeron precipitadamente abandonando a su jefe.

Al verse abandonado, César no quiso retroceder un solo paso; tal vez se había cansado de la vida, y su heroísmo lo inspiraba más ese cansancio que el valor: sea lo que fuere, lo cierto es que se defendió fieramente; pero su caballo, acribillado de flechas y dardos de ballesta, acabó por caer cogiéndole debajo una pierna. Inmediatamente sus adversarios se echaron encima de él y uno de ellos, plantándole una pica de hierro fino y agudo en el falso de la coraza, le atravesó el pecho: César murió blasfemando contra el Cielo.

Sin embargo, Michelotto, que por su parte se batió con verdadero valor, logró derrotar el resto de las tropas de Alarino; mas, al volver por la noche al campamento, supo por los huídos que César había sido abandonado y que aun no había vuelto. Entonces, demasiado seguro, pues conocía los bríos de su señor, de que le había ocurrido alguna desgracia, quiso darle la última prueba de su abnegación, yendo a recoger su cuerpo; para librarle de los lobos y de las aves de rapiña. Mandó que encendieran antorchas, pues ya era completamente de noche, y habiéndose prestado a acompañarle diez o doce de los que habían perseguido a la caballería hasta el bosquecillo, se puso en busca de su amo. Al llegar al sitio indicado, vió cinco hombres tendidos uno al lado del otro, de los cuales cuatro estaban vestidos y el otro completamente desnudo. Michelotto echó pie a tierra, levantó al cadáver la cabeza, apoyándola en su rodilla, y, al resplandor de las antorchas, reconoció a César.

Este fué el fin, el 10 de marzo de 1507, en un ignorado campo de batalla, cerca de un pueblo llamado Viana, y de resultas de una mala escaramuza con el vasallo rebelde de un reyezuelo, de aquel que Maquiavelo presentó a los príncipes como modelo de habilidad, de política y de valentía.

En cuanto a su hermana Lucrecia, la hermosa duquesa de Ferrara, murió cargada de años y de honores, siendo muy adorada por sus súbditos como reina y cantada y alabada por Bembo y por Ariosto como una diosa.

\*  
\* \*

Una vez, según refiere Boccaccio, había en París un comerciante, muy buen hombre y honrado, que se llamaba Juan de Civigny, el cual tenía grandes negocios en paños y que, por relaciones comerciales y de vecindad, había trabado amistad con uno de sus colegas inmensamente rico, llamado Abraham, el cual, aunque judío, gozaba de buena reputación.

Como Juan de Civigny había apreciado las cualidades del digno israelita, llegó a temer que, a pesar de su probidad, las falsas creencias que tenía le llevasen derechamente a la perdición eterna; así, pues, comenzó a rogarle suave y amistosamente, que renunciara al error en que estaba y abriera los ojos a la fe cristiana, la cual, como por sí mismo podía juzgar, iba en aumento todos los días por ser la única verdadera y buena; en cambio era tan notable la disminución de la suya, que no tardaría en desaparecer enteramente del mundo. El judío, por su parte, decía que, fuera de la religión judaica, no había salvación posible; que había nacido perteneciendo a ella y perteneciendo a ella quería vivir y morir, pues creía que no había en el mundo cosa alguna que pudiese hacerle mudar de opinión. Sin embargo, en su fervor catequista, Juan no se daba por vencido, y diariamente, valiéndose de esa verbosidad con que el comerciante procura seducir al comprador, le demostraba la superioridad de la religión cristiana, sobre la religión judaica; y aunque Abraham era gran maestro en la ley de Moisés, ya fuese por la amistad que tenía a Juan de Civigny, o porque el Espíritu Santo hubiese bajado a la lengua del nuevo apóstol, el israelita empezó por fin a apreciar las predicaciones del digno mercader, no obstante lo cual, seguía obstinado en su creencia, y decididamente no quería cambiar de religión: mientras más persistía en su error, más era el empeño que Juan tenía en su conversión; tanto, que, como lograra con la ayuda de Dios

quebrantar su empeñamiento a fuerza de instancias, Abraham le dijo un día:

—Escucha, Juan, puesto que tanto deseas mi conversión, dispuesto estoy a complacerte; pero, antes, quiero ir a Roma para ver al que tú llamas el Vicario de Dios sobre la tierra y estudiar sus costumbres y su vida, así como también la de los cardenales; y si, como no dudo de ello, están en armonía con la moral que tú me predicas, confesaré lo que tanto te has empeñado en querer demostrarme: que tu fe es mejor que la mía, y haré lo que deseas; pero, si, por el contrario, no es así, seguiré siendo judío, como hasta aquí, pues a mis años, me parece una tontería cambiar mis creencias por otras peores.

Estas palabras dejaron a Juan profundamente desolado.

—He aquí—decíase tristemente a sí mismo—que he perdido el tiempo y el trabajo que tan bien creía haber empleado cuando esperaba haber convertido a este infeliz Abraham; porque, si como me ha dicho va a Roma, y ve allí la vida infame que hacen las gentes de iglesia, en lugar de convertirse al cristianismo, siendo judío como es, más bien se haría judío si fuera cristiano.—Entonces, volviéndose a Abraham, le dijo:—¡Pero, amigo mío! ¿Y vas a afrontar tantas fatigas y gastar tanto dinero queriendo ir a Roma? Sin contar que, por tierra o por mar, el camino, para un hombre de su posición, está erizado de peligros. ¿Crees, quizás, que no habrá aquí alguien que pueda bautizarte? Y si es que mantienes alguna duda respecto a la fe que te he demostrado, ¿dónde mejor que aquí encontrarás teólogos que puedan desvanecerlas? Por eso, tal viaje me parece completamente superfluo: porque los prelados de allá son como los que aquí has visto; aún mejores, puesto que están más cerca del pastor supremo. Así, pues, si quieres seguir mi consejo, aplaza esas fatigas para el momento en que, habiendo cometido alguna falta grave, quieras conseguir la absolución; y entonces iremos los dos juntos.

Pero el judío respondió:

—Mi querido Juan, yo no dudo de lo que tú me dices; pero ya sabes lo testarudo que soy, y si he de hacerme cristiano, tengo que ir primero a Roma.

Entonces Juan, al ver su decisión, juzgó que era inútil combatirla por más tiempo, y le deseó un buen viaje; pero, en su interior, perdió ciertamente toda esperanza, pues estaba convencido de que si la corte de Roma era todavía tal como él la había visto por sí mismo, su amigo regresaría de su peregrinación más judío que nunca.

Abraham montó a caballo y se dirigió a Roma lo más de prisa que pudo; cuando por fin llegó fué maravillosamente recibido por sus correligionarios; allí, habiéndose detenido bastante tiempo, comenzó a estudiar cómo eran el papa, los cardenales, los demás prelados y toda la corte. Pero tanto por lo que vió como por lo que le refirieron, encontró, con gran asombro por su parte, que, empezando por el papa y terminando por el último sacristán de San Pedro, todos cometían de la manera más descarada del mundo el pecado de la lujuria, y eso sin ningún remordimiento, ni vergüenza alguna, de suerte que las jóvenes hermosas y los jóvenes lindos tenían poder para alcanzar todas las gracias y todos los favores. Y, además de esa lujuria, a la que se entregaban sin ningún recato, vió que eran tragones y bebedores, hasta el punto de ser más esclavos de su vientre que los animales más glotones. Y cuando miró más hacia adelante, descubrió que de tal modo dominaba en ellos la codicia del dinero, que la sangre humana y las cosas divinas se compraban y vendían con menos conciencia que la que se emplea en vender y comprar los paños y otras mercancías. Habiendo, pues, visto esto y otras cosas aun más vergonzosas que no conviene relatarlas aquí, le pareció a Abraham que era hombre casto, sobrio y recto, y creyó haber visto bastante; así, pues, resolvió regresar a París, lo cual hizo con la prontitud que seguía de ordinario a todas sus resoluciones.

Fué recibido por Juan de Civigny con demostraciones de gran alegría, no obstante haber perdido todas las esperanzas de volver a verlo convertido; de modo que antes de hablar de nada dióle tiempo para que se repusiera, pensando que siempre tendría lugar de saber la mala noticia que esperaba.

Sin embargo, pasados algunos días, como el mismo Abraham fué a hacerle una visita, Juan se aventuró a

preguntarle cuál era su opinión acerca del padre santo y de la demás gente de la corte pontificia.

Entonces Abraham le dijo:

—¡Que Dios los confunda a todos, tantos, cuantos son, pues a pesar de haber abierto los ojos todo cuanto he podido, me ha sido imposible descubrir en ellos ninguna santidad, ninguna devoción, ninguna obra buena, sino, por el contrario, lujuria, avaricia, glotonería, fraude, envidia, orgullo, y no digo cosas peores, porque dificulto que las haya; en fin, que me ha parecido que todo aquello se mueve más por impulso diabólico que por un movimiento divino. Ahora bien, como, según lo que he visto, estoy convencido de que vuestro papa, y por consiguiente los demás con él, ponen todo su genio, todo su arte, toda su solitud, en hacer desaparecer de la tierra la religión cristiana, de la que debieran ser la base y el sostén, y como, no obstante el trabajo y el cuidado que se toman para llegar a ese fin, veo que vuestra religión va en aumento de día en día y adquiere más brillo y más pureza, me queda, pues, demostrado, que el mismo Espíritu Santo la protege y la defiende como la única verdadera y como la más santa: por esa razón, así como antes de ir a Roma me mostraba tan sordo a tus consejos y a tus deseos, en cambio ahora, al volver de esa Sodoma, tengo la inquebrantable resolución de hacerme cristiano. Vamos, pues, cuanto antes a la iglesia, mi querido Juan, porque estoy completamente dispuesto a hacerme bautizar.

Y ahora huelga decir si Juan de Civigny, que esperaba una negativa, se consideró dichoso con este consentimiento; de modo que, sin perder momento, encaminóse con su ahijado hacia la catedral de Notre-Dame, donde rogó al primer cura que encontró, que administrara el bautismo a su cofrade, cosa que aquél se apresuró a hacer. El nuevo convertido, al ser bautizado, cambió su nombre judío de Abraham por el nombre cristiano de Juan, y como el neófito había adquirido de resultas de su peregrinación a Roma, una fe profunda, las buenas cualidades que ya tenía, aumentáronse de tal manera con la práctica de nuestra santa religión, que, después de una vida ejemplar, murió en olor de santidad.

De tal modo responde este cuento de Boccaccio al re-

proche de irreligión que los que se equivocasen respecto a nuestras intenciones podrían dirigirnos, que, en nuestra idea de no dar otra respuesta, no hemos titubeado en referirlo a nuestros lectores.

Por lo demás, debemos tener presente que si el papado, por su vergüenza, tuvo su Inocencio VIII y su Alejandro VI, en cambio tuvo su Pío VII y su Gregorio XVI que son su honor.

## FIN DE LOS BORGIA